

Constantino, protector del cristianismo, y luego del emperador Teodosio que en 381 lo declara religión del Estado y prohíbe los cultos paganos, éste —el cristianismo— comienza a imperar. El cristianismo —religión de origen semítico, enraizada en el autoritario y antisensual judaísmo— era un cuerpo extraño (sobre todo por su falta de tolerancia y exclusivismo moral) en el seno del mundo clásico. Éste, como hemos visto, había encumbrado las palabras *cuerpo* y *placer*, términos que para el cristianismo —como *mundo* y *carne*— son condenables, aborrecibles y empecatados ¿Qué ocurrió entonces? Pues que el cristianismo (y de alguna manera esta paradoja nos ha salvado) intentó suprimir las huellas profundas de la cultura clásica, al tiempo que muchos de sus primeros escritores —los Padres de la Iglesia— vivían encandilados por las bellezas formales del paganismo. Y así nuestra cultura occidental —quizá sólo en parte mediterránea— se forma del conglomerado que supone huir del placer y del cuerpo y a la par de la humanísima necesidad de que cuerpo y placer estén siempre presentes, porque son alegría de la vida y del espíritu. En general —en el desarrollo y decurso de nuestra civilización— dominan las nociones *anti-cuerpo* al menos hasta el siglo XX pero siempre están salpicadas de sensualismo, de apetencia de una vida feliz, porque lo mediterráneo no ha sido del todo derrocado, y porque el prestigio de la cultura clásica es —con más o menos ocultación— inalterable ¿No son, en la Edad Media, los goliardos o el Arcipreste de Hita o Boccaccio, adoradores, no sin algún camuflaje santo, del *signo cuerpo*? Claro que el gran momento en que pudo volver a triunfar —y al principio lo hizo— una cultura del cuerpo y del placer fue durante el Renacimiento, y más precisamente, durante el *Quattrocento* italiano o florentino. Porque hay una razón curiosa que pocos han visto: para que triunfase de nuevo el clasicismo y todo lo que él comporta, no sólo tenía que triunfar una estética (mucho más amplia de lo que se supone) sino también una moral plural, libre, tolerante, abierta, que es, en suma, la moral del paganismo. Esto no pudo ocurrir en la Edad Media, ni durante la Contrarreforma o la Reforma misma —tan puritana— sino en el Renacimiento, y más precisamente en su facción italiana que —aunque no exenta de tensiones católicas— creyó posible (por ejemplo en la corte de Lorenzo el Magnífico) un cierto retorno a lo pagano ¿Cómo explicar, si no, parte de la obra portentosa de Miguel Ángel Buonarrotti, o tantos aspectos de escritores y pintores del momento, y no sólo cuando recurrían a la mitología? Tomemos dos obras de Miguel Ángel, la juvenil *Combate de Centauros y Lapitas* o el clasicísimo David de su primera madurez ¿Qué significan o dicen, básicamente, tales esculturas? La primera nos presenta una lucha de adolescentes, un revoltijo de cuerpos que se pelean, se retuercen, exhiben su desnudez. Hay quien cree que —bajo el pretexto mitológico— Miguel Ángel reflejaba un alboroto entre pajes en los patios del Jardín de San Marcos, donde los Médicis hacían aprender arte y humanismo —de la mano de Bertoldo y Angelo Poliziano— a algunos aventajados muchachos. En realidad —adelantándose a lo que iba a ser su mundo— Miguel Ángel refleja y festeja el sano esplendor de la desnudez misma. Poco importa el realismo. El desnudo es un canto himnico a la belleza del ser humano que supone la apuesta por un mundo ideal, por un ámbito en que el alma se vería reflejada en la propia gracia ligera del cuerpo. Igual ocurre con el *David*. Glorificación de la juventud y de la belleza adolescente, encumbramiento simbólico de la acción, de la actividad, del arrojo y de la valentía,

sería erróneo ver en estas obras únicamente un ingrediente físico, ya que la obvia magnificencia del cuerpo reclama un orbe de hedonismo, de dignidad, de calidad, de gozo inteligente reflejado en esa beldad de la carne. No son obras contra el *cuerpo*, sino rotunda y pluralmente a su favor y en tal sentido no son esculturas cristianas. Evidentemente un repaso a la cultura occidental —aún constatando baches— acercándonos a nuestro siglo nos mostraría —también pese a los vericuetos y entresijos de la mala conciencia— una cultura más mediterránea o antigua en el sentido en que reivindica cuanto afecta al cuerpo como signo, que según he apuntado ya es un *cuerpo inteligente*. Pienso en Góngora, en Baudelaire, en Rubén Darío, en Lawrence Durrell, ¿qué tienen en muchas de sus obras de cristiano, si no es la necesidad a veces o la lucha con el *mal* otras? Hoy, cuando la mayoría de las sociedades occidentales reconoce la libertad religiosa, y cuando la moral —dentro de un campo ético humanístico— se reconoce abierta o —en muchos temas— plural, cuando el cristianismo va perdiendo (aunque queden tantas bolsas intolerantes) su autoritario rigor y su primogenitura, ahora es posible volver —desde luego desde una perspectiva muy enriquecida, y teniendo en cuenta que ese *volver* significa acarrear provisiones de cara al futuro— a una civilización que torne a potenciar los valores de *cuerpo* y *placer* (cada vez más ricos) sin dejar nunca de lado —es bueno insistir— que ambos términos conllevan —y también en aumento— espíritu, alma. ¿Cómo es hoy, pues, nuestra civilización respecto a esos temas que están en su fundación, en su raíz?

Vivimos en un mundo que pregona el *culto al cuerpo* y todos están de acuerdo en que vivimos asimismo una sociedad *hedonista*. Pero ¿no es verdad que, aún, al decir estas palabras ponemos en ellas un soniquete, cuando no más, un fragor peyorativo? ¿De dónde procede esa aura condenatoria? Fruto de un mundo cristiano y puritano, creemos sobre todo en el trabajo, en la eficiencia —lo que no me parece mal— pero lo que ya es peor también en el *negocio*, negación esencial del ocio fértil. El trabajo y la eficiencia son buenos, pero a nuestro mundo le falta un sentido lúdico de la actividad, y saber que se vive para el deleite —aunque existan sombras— y que el trabajo debe servir a ese bienestar y no a la inversa. Es cierto que nos entregamos a los placeres, pero no sabemos gozar de ellos. Siguiendo la metáfora de un poema árabe diría que no sabemos oler la rosa, gozar dulcemente de ella, sino que como la bestia en un parterre, entramos a hozar de la rosa, destruyéndola, sin degustarla. Nuestros placeres son trágicos, nuestro culto por el cuerpo (lo que hubiera horrorizado a Platón) lo separa de la inteligencia. Necesitamos no tanto encaminarnos al *cuerpo* y al *placer*, pues en su camino volvemos a estar, sino comprender la principalía de la voz *ocio* (tranquilidad, reposo, gozo, pasión inteligente) y el pluralismo —que he intentado plasmar— de ese *signo cuerpo*. Quizá seguimos teniendo el hedonismo como aspiración, pero necesitamos que la palabra *placer* sea más culta y más sensual. Por supuesto necesitamos anteponer el ocio al negocio, sabiendo que eso no significa renunciar a la eficacia, al rigor ni la laboriosidad (el ocio nunca consistió en no hacer nada). Hay que ver en el cultivo de la belleza física los rasgos de una inquietud, de una picazón anímica que supera la mera fisicidad (que la belleza se refine y nos refine también al contemplarla) y finalmente nunca perder de mira que la amplitud moral, la libertad individual, la apertura y la tolerancia suelen hacer florecer la flor de la gracia y del entendimiento.

Que una moral abierta es la base de un humanismo genuino, que el tratar al hombre como hombre nos hace respetarnos unos a otros. Teniendo todo eso en cuenta convertiremos la esencia de la civilización mediterránea —cuerpo y placer— en una civilización, como siempre ha sido, humanísima y de futuro. Haciendo verdad, en fin, lo que Séneca decía, que las artes, los saberes, estén al servicio de la vida: *Artes serviunt vitae*, y no a la inversa.

Luis Antonio de Villena

